

# BREVE HISTORIA DE LA OLIGARQUIA

## LAS OLIGARQUIAS GRIEGAS

Si es cierto, como lo refiere Plutarco, que Anacarsis se burló de Solón diciéndole que “los poderosos y los ricos” estaban acostumbrados a ignorar las leyes y no respetarían las suyas, entonces no cabe duda de que en Atenas había oligarcas y de que Aristóteles estuvo en lo cierto cuando dijo que antes de Solón “el régimen político era totalmente oligárquico; y, en particular, los pobres, sus mujeres y sus hijos eran los esclavos de los ricos”. “Toda la tierra estaba en un pequeño número de manos”, dice Aristóteles (Aristote, Constitution d’Athènes, Société d’Edition Les Belles Lettres, Paris, 1967, pag. 2).

La oligarquía apareció en Atenas, como había aparecido en Esparta, en el momento en que se llevaba a cabo la disolución del régimen de la propiedad común de la tierra en su etapa gentilicia. Fue entonces cuando los aristócratas guerreros descendientes de reyes y de nobles, que fueron los primeros de sus gens para quedarse con la parte de la tierra que éstos ocupaban. En Esparta el esclavo no era de la misma gens sino de la población que encontraron en la región los aqueos y los dorios, formadores del futuro Estado espartano. El proceso esclavizador debe haber tenido variaciones y sin duda cubrió un largo período que fue, como dice Aristóteles, de luchas prolongadas entre la nobleza y el pueblo. En la etapa final de ese largo período –aunque es impropio llamarle final, porque las luchas iban a seguir inmediatamente después de las reformas de Solón--, los clientes o sextos trabajaban las tierras de los señores a cambio de quedarse ellos con una sexta parte de lo que producían –mientras los señores recibían las otras cinco

sextas--, y los pequeños propietarios o los clientes que tomaban dinero a préstamos eran esclavizados, junto con sus familias, si no podían pagar la deuda. En sus inicios la oligarquía ateniense fue eso: el sector de los propietarios de origen noble o aristocrático —los llamados eupátridas— que acabó monopolizando la propiedad territorial y estableció el sistema esclavista para explotar las tierras. Así, los esclavos, que en tiempos de Homero procedían siempre de tribus enemigas porque eran prisioneros de guerra, y debido a su corto número se destinaban a trabajos domésticos, pasaron a ser una clase oprimida, procedente de la misma tribu de sus señores o amos, o de la misma Federación de tribus, y su función era producir para esos amos.

Pero la situación de Atenas era peculiar, porque como dice Engels, hablando de la génesis del Estado ateniense “Hasta donde alcanza la historia escrita, se ve que el suelo estaba ya repartido y era propiedad privada lo que corresponden a la producción mercantil y al comercio de mercancías relativamente desarrollados que observamos ya hacia el final del estado superior de la barbarie. Además de granos, producíanse vinos y aceite. El comercio marítimo en el Mar Egeo iba pasando cada vez más de los fenicios, a los griegos del Ática” (Federico Engels, El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.—Carlos Marx, Federico Engels, Obras escogidas, editora Política, La Habana, 1963, tomo III, pág. 1201).

Toda esa actividad descrita por Engels en tan pocas palabras implicaba división creciente del trabajo, complicaciones sociales en aumento, el mayor enriquecimiento de algunos eupátridas, pero también el empobrecimiento de otros y el ascenso económico de un sector comercial. Solón, por ejemplo, era de origen aristocrático, y sin embargo su padre no era un rico terrateniente sino un hombre de mediano pasar, y Solón se dedicó al comercio, de manera que pertenecía a lo que Aristóteles llamó los paraliens, “cuyo jefe era Megacles, de los descendientes de Alcmeón, que parecía mantener una política moderada” (Ibid., pág. 14).

Cuando Solón fue elegido arconte con plenos poderes para organizar la vida ateniense –año 594, A. de C.--, el Ática –y con ella su capital, Atenas, y otras ciudades como el puerto del Pireo—se hallaba agitada por una guerra civil que debió ser muy larga, si bien no sabemos cuál fue su duración. No puede cabernos duda de que en esa lucha prolongada los eupátridas –esto es, los oligarcas—fueron perdiendo poder mientras los comerciantes iban ganándolo, pues Solón debe haber ido al cargo como representante del sector comercial si bien con la aceptación de la aristocracia terrateniente de la cual procedía. Que la debilidad de los eupátridas como capa gobernante era un hecho lo demuestra su incapacidad para someter al pueblo, el cual, como dice Aristóteles, estaba sublevado contra ellos “desde hacía largo tiempo” (Ibid., pág.2). Debe entenderse, sin embargo, qué quería decir en Atenas pueblo –el demos--. Por de pronto, sólo podían pertenecer a él los nacidos en el Ática que no hubieran sido esclavizados, pues en este caso perdían todos sus derechos políticos o de ciudadanos y por tanto no tenían derechos, ni aun el de adquirir tierras o casas; se les llamaba metecos, y los hijos de los metecos –eran denominados espurios, esto es, no puros. Según podemos leer el Plutarco, Temístocles era espurio porque su madre era tracia. Pero Temístocles nació en 525, A. de C., sesenta años después del arcontado de Solón, de manera que había llovido mucha agua sobre Atenas desde los días en que los espurios no podían ser ciudadanos, y según refiere Plutarco, fue Temístocles, siendo jovencito quien “parece que destruyó aquella separación entre los espurios y los legítimos” haciendo que sus compañeros de juego que eran legítimos visitaran con él el gimnasio de Cinosarges, lugar donde se reunían los espurios, y además que se ungiesen allí con él. El gimnasio de Cinosarges estaba consagrado a Hércules, a quien se consideraba espurio entre los dioses porque su madre había sido una mortal. (Plutarco, Vidas paralelas, E. D. A. F., Madrid, 1966, pág. 193).

La población del Ática estaba compuesta por cuatro tribus emparentadas, llamadas fíleas, y desde los tiempos legendarios cada fraternidad o hermandad estaba compuesta a su vez por treinta gens, o grupos consanguíneos, y cada uno de éstos por treinta familias. El territorio del

Ática no estaba dividido todavía administrativa o políticamente, sino en relación con cada gens, de manera que cada gens era propietaria comunitariamente, de la tierra que ocupaba. Pero antes de que Solón fuera elegido arconte, sin que se sepa a ciencia cierta en qué tiempo, se había establecido un tipo de división territorial de carácter administrativo, si bien haciendo que esa división correspondiera, por unidad, con la región ocupada por cada fílea a razón de doce divisiones por fílea. Esas divisiones se llamaron naucrarías, porque naus quería decir nave –o barco--, y los que vivían en cada naucraría tenían que proporcionar cada cierto tiempo una nave a la flota ateniense. A partir de ese momento los pobladores del Ática comenzaron a ser cargados con un impuesto relacionando ese impuesto con el lugar donde la gente vivía, no por su relación con las tribus, las fratrías, las gens o las familias. Ahora bien, a fin de que cada quien contribuyera a costear las naves –y dos caballos de guerra por cada naucraría, cosa que se agregó más tarde—de acuerdo con los medios de que disponía, se establecieron cuatro categorías de contribuyentes: los pentacosimedimnos, esto es, los que cosechaban 500 medimnos o medidas de productos –aceite, vino, trigo--; los caballeros, que cosechaban 300 medidas; los zeugitas, que cosechaban 200, y los tetes, que cosechaban menos de 200. (V.V. Struve, Historia de la antigua Grecia, Edición Revolucionaria, La Habana, 1966, tomo I, pág. 175).

Como se ve, las necesidades de una sociedad que se hallaba en evolución y que tenía ya un activo comercio exterior exigían la aparición de un nuevo orden que iba destruyendo poco a poco al anterior. Sin duda eran varias las novedades como ésta de las naucrarías que se habían introducido en el Ática por la fuerza de los cambios que requería la situación, si bien tal vez sólo esa tenían verdadera importancia. Parece que Solón fue elegido arconte con plenos poderes con la intención de que legalizara los cambios ya efectuados y realizara otros que eran inevitables. La obra reformadora de Solón es muy conocida, de manera que no vamos a repetirla aquí; pero queremos recordar una, la de la consagración de la división de los contribuyentes en cada naucraría, que él encontró ya establecida, mediante

su ampliación al campo político, que estaba estrechamente ligado al militar. Solón fijó deberes para los cuatro grupos censados, y también derechos. Los pentacosiomedimnos prestarían servicios en la caballería; en compensación, unos a otros podían elegir y ser elegidos para cualquier cargo; los zeugitas tendrían en el ejército categoría de hoplitas, es decir, infantería de equipo pesado, y podían elegir y ser elegidos, pero no hasta el nivel de arcontes, y como el areópago estaba formado por ex arcontes –pues los arcontes se elegían por un año--, venía a resultar que los zeugitas no podían llegar a ser miembros del areópago; los tetes aportarían armas livianas y servirían en la infantería ligera y en la flora, y podían hacerse oír en la asamblea popular y participar en las elecciones, pero no podían ser elegidos a ningún cargo. Esta transformación de las antiguas categorías de contribuyentes de las naucrarías en categorías políticas y militares significó una revolución en el Ática, puesto que terminaba con el monopolio del poder por parte de los eupátridas oligarcas, únicos que antes de esa reforma podían elegir y ser elegidos. A partir de ese momento los oligarcas atenienses no pudieron recuperar el poder, a no ser por corto tiempo y a costa de mucha sangre y muchos sufrimientos.

### **INSTITUCIONES, CLASES Y PARTIDOS**

Las instituciones de las ciudades-estados griegas eran muy similares entre sí, aun en el caso de que fueran transformadas por gobiernos oligárquicos. Habitualmente, en primer lugar estaba la asamblea popular –llamada ecclesia en Atenas y apella en Esparta--, a la que pertenecían en los primeros tiempos todos los miembros de las tribus que ocupaban cada territorio, generalmente a partir de los 18 años; estaban después los consejos de ancianos, que se hallaban compuestos por representantes de las tribus, una de cuyas atribuciones era hacer justicia, y estaba el rey o basileus, que después pasó a compartir sus funciones con los polemarcas y los arcontes. En Atenas, la ecclesia quedó disminuida cuando miembros de la población original pasaron a ser esclavos, con lo cual perdieron sus derechos políticos; por otra parte, además de un basileus un polemonarca y un arconte se pasó a elegir nueve arcontes, y éstos tenían que ser escogidos únicamente entre

miembros de las familias eupátridas, y en vez del consejo de ancianos se estableció el areópago, que vino a ser un cuerpo de eupátridas debido a que estaba compuesto por ex arcontes y éstos eran todos eupátridas; y por último, el areópago vino a tener una serie de atribuciones que de hecho ponían en sus manos no sólo los poderes judiciales del antiguo consejo de ancianos, sino muchos más, entre ellos el de escoger los funcionarios administrativos y de otro tipo, y desde luego, los escogía entre los miembros de la nobleza. La oligarquía no destruyó las instituciones; las transformó por dentro, en su sustancia, organizando los mecanismos de poder de tal manera que sólo tuvieran acceso a ellos los miembros de su grupo (ver Claude Mossé, *Les institutions grecques*, Librairie Armand Colin, París, 1967, seconde édition revue. Los capítulos 4 y 5 están dedicados a las instituciones de Esparta y a las oligárquicas “en el resto del mundo griego”).

Solón hizo lo contrario de lo que habían hecho los oligarcas atenienses; abrió el camino de esas instituciones a los que tenían medio económicos, fueran o no fueran oligarcas, esto es, aunque no procedieran de la aristocracia terrateniente. Sus medidas no excluían a los oligarcas de los cargos públicos, establecían que a esos cargos podían ir también los que no fueran oligarcas y aun los oligarcas de origen venidos económicamente a menos. Además de esa reforma Solón estableció la boulé, compuesta por cien representantes de cada tribu, cuyo papel era filtrar, mediante un estudio y una aprobación en su seno, los problemas que iban a ser sometidos a la ecclesia o asamblea popular. Todas las otras disposiciones de Solón --como la anulación de las deudas, el derecho a testar libremente, y hasta el de que un hombre pudiera matar a su mujer si ésta le era adúltera --indican que las reformas que le dieron tanto renombre conducían a legalizar el régimen de la propiedad privada en el Ática y por tanto a dejar atrás las relaciones sociales y económicas de la comunidad gentilicia. A partir de las reformas de Solón, un hombre valdría en el Ática tanto como tuviera, ni porque hubiera nacido noble o eupátrida.

Es claro que la oligarquía --esto es, los eupátridas ricos--no podía quedarse cruzada de brazos ante esa situación en la que sus privilegios de

La sociedad de Laconia, o espartana, y la del Ática, o ateniense, evolucionaron en forma distinta y llegaron a ser dos polos del mundo griego, al cual pertenecían ambas. Ya para los últimos años del siglo VI, A. de C. – esto es, del 600 al 501, pues los siglos y los años correspondientes a la era anterior a la cristiana se cuentan al revés, razón por la cual los últimos años del siglo VI son los que más se acercan al 501-- , Esparta representaba, encarnaba y encabezaba el ideal político de la democracia. Se entiende, sin embargo, que en esa democracia ateniense sólo tenían derechos ciudadanos los nacidos en Ática de padre y madre libres y naturales del Ática, y éstos eran la minoría. Atenas era una democracia esclavista, y dentro de sus muros había más esclavos que personas libre. “La cuestión referente al número de esclavos en el Ática ( a mediados del siglo V es decir, hacia el 450, A. de C.) no ha sido resuelta hasta ahora por la ciencia. Pero admitiendo como mínima una cantidad de 70.000 esclavos, también en este caso llegaríamos a la deducción de que el número de los esclavos superaba considerablemente al de sus amos” (V. V. Struve. Ibid., tomo II pág. 372. Paréntesis míos, J.B.)

Si en Atenas había tantos esclavos, ¿cómo se explica entonces que Atenas fuera una democracia y no un Estado oligárquico? ¿Qué diferencia había entre Atenas y Esparta, si en ambas había esclavitud?

La diferencia fundamental se hallaba en el tipo de organización de los dos Estados, y ese tipo de organización de cada Estado respondía a grados distintos de evolución social. Esparta o Lacedemonia –otro de los nombres que se le deban a Laconia—fue el producto de una invasión de los dorios a Laconia y de la subsiguiente unión de la nobleza aquea, establecida en Laconia, con los nuevos invasores. Unidos unos otros, sometieron a esclavitud a los ilotas, que al parecer eran los habitantes de Laconia antes de la llegada de los aqueos, y los obligaron a trabajar las tierras del valle del Eurotas, las más ricas de la región, las cuales fueron repartidas a partes iguales entre las familias de origen dorio-aqueo. Los ilotas no podían salir de esas tierras, cuyas porciones fueron llamadas cleros, y a fin de que no pudiera haber mezcla entre ilotas y espartanos, a éstos se les prohibía vivir en los cleros a pesar de que eran sus propiedades.

El Estado espartano se dio a sí mismo el derecho de disponer de la vida de los ilotas y de darles la muerte cuando lo consideraba útil, si bien no podía venderlos. Así pues, en Esparta el esclavista era el Estado, y ese Estado quedó organizado sobre la base de la existencia de una población esclava que era la única que producía para mantener al pueblo espartano, pues los ciudadanos de Esparta no podían trabajar; todas sus actividades estaban dirigidas a la guerra, lo que se explica porque debían estar constantemente preparados para hacerles la guerra a los ilotas si éstos pretendían rebelarse, como sucedió más de una vez. Cada año, los éforos de Esparta —que correspondían a los arcontes de Atenas— declaraban simbólicamente la guerra a los ilotas. Cuando con el andar de los años vino a suceder que la población masculina espartana fue decayendo, debido principalmente a que Esparta vivía en guerras permanentes contra sus vecinos, los guerreros enriquecidos con los botines que tomaban en los combates y en los asaltos a otras ciudades griegas fueron adquiriendo las tierras de los desaparecidos y Laconia acabó siendo un Estado de pocos grandes terratenientes. Así, Aristóteles pudo decir en el siglo IV, al hacer el examen de la Constitución de Lacedemonia, que “entre los espartanos, unos poseen bienes de una importancia desmesurada, en tanto que los otros están reducidos a una porción ínfima, lo que tiene como resultado que la tierra va a dar un pequeño número de manos”; y explica luego: “¡He ahí por qué, en un país capaz de disponer de mil quinientos guerreros de a caballo y treinta mil hoplitas, el número de ciudadanos no llega a un millar!” (La politique, tomo I, 9, págs.133-145). Por otra parte, Jenofonte, oligárquico de hueso colorado el extremo de que se fue a vivir a Esparta, al escribir sobre la Constitución de Laconia y después de haber dedicado trece capítulos a poner por las nubes la obra de Licurgo, dice el capítulo XIV que si “me preguntan si creo que las leyes de Licurgo subsisten todavía hoy en toda su integridad, yo, verdaderamente, no osaría afirmarlo” (Xénophon, Oeuvres complètes, Garnier-Flammarion París, 1967, tomo II, pág. 461.)

Cuando Aristóteles dice que el número de ciudadanos espartanos no llegaba a un millar quiere decir que esa escasa cantidad de gente era la que



tenía derechos políticos, y los tenía porque era la única que disponía de medios para sufragar los gastos que imponía la ciudadanía. Hablando de las comidas comunes a que tenían que ir los espartanos, comenta que al revés de lo que sucedía en Creta, donde el tesoro público pagaba la comida, en Esparta cada quien “debe aportar su contribución y como muchos están en una miseria extrema”, los muy pobres “difícilmente pueden participar, y resulta que una disposición tradicional de la Constitución espartana priva del derecho de ciudadanía a todo aquel que no esté en capacidad de proporcionar esa cotización” (La politique, tomo I, pág. 144). Según Aristóteles, Lacedemonia era un “Estado indigente, y los particulares (estaban) henchidos de riquezas” (ibid., pág. 145. Paréntesis míos, J.B.)

Atenas no era un Estado esclavista, aunque sus ciudadanos, como personas, tenían esclavos, y aun los tenían muchos metecos. Es posible que Atenas pasara por una etapa similar a la que adoptó Esparta en los siglos IX y VIII, y que esa etapa no esté registrada en la Historia. Pero Esparta fijó su tipo de organización de manera definitiva a base de la producción aportada por los ilotas y Atenas evolucionó hacia formas de producción más complejas. Atenas estaba situada de tal manera que tenía enfrente a las islas Cícladas y a Creta, y al oriente las ciudades de la Jonia y la Eolia, todas económicamente desarrolladas y con comercio activo. Así, Atenas, cuyas tierras no eran seguramente tan ricas como las de los espartanos, tuvo que dedicarse al comercio marítimo y a producir envases de barro para el aceite y los vinos que vendía fuera del Ática, de todo lo cual surgió un artesanado, una industria naval, una minería y un sector de comerciantes que tal vez en cosa de un siglo vinieron a estar en condiciones de disputarles el poderío político a los eupátridas terratenientes. La sociedad ateniense se diversificó al ritmo que se diversificaba la producción, y cuando los eupátridas vinieron a darse cuenta estaban en minoría como personas y como gente rica, situación que no se produjo en Esparta porque ningún espartano se dedicó al comercio, a la navegación, a la artesanía; ellos eran guerreros, y nada más, y se alimentaban y se vestían con el producto del trabajo de los ilotas. El Estado oligárquico de Lacedemonia no evolucionó porque no evolucionó la

mandó a matar, conociendo, como conocemos, la vida de Alcibíades, podemos pensar que los dio antes y que los espartanos lo supieron y resolvieron suprimir a un aliado tan peligroso. En esa coyuntura Calcides moría en un combate, a manos de los atenienses, en Panormo, cerca de Mileto, de manera que Alcibíades perdió al amigo y compañero que podía protegerlo contra la enemistad de los espartanos.

La alianza de Esparta y Persia es una página importante en la historia de las oligarquías, pues prueba que desde sus orígenes las oligarquías han buscado apoyo exterior cuando les ha llegado una hora crítica. Las oligarquías de las ciudades griegas solicitaban el apoyo de Esparta cuando se veían en peligro de ser barridas del poder por los sectores democráticos o cuando querían sacar a éstos del gobierno, y a su vez Esparta, y con ella todas las polis griegas que le acompañaban en la Liga del Peloponeso, buscó y obtuvo el respaldo de Persia en la hora más difícil de su lucha contra Atenas y la Liga Marítima. Se han escrito toneladas de páginas acerca de las virtudes espartanas, el patriotismo de su pueblo y su papel de salvadora de Grecia en la guerra contra Persia, que había tenido lugar en ese mismo siglo V; pero se menciona muy poco la traición de Esparta a Grecia cuando se alió con el enemigo tradicional de los pueblos griegos. Durante catorce años, del 492 hasta el 479, año en que la flota persa fue derrotada definitivamente en Micala, los griegos, incluidos en ellos los espartanos --que fueron quienes dieron la histórica batalla de las Termópilas—tuvieron que combatir desesperadamente contra los invasores persas; y todo eso fue echado al olvido por los oligarcas de Esparta, que a la hora de tratar con Tisafernes reconocieron tres veces --como si una sola no hubiera bastado—el señorío del rey de Persia sobre las ciudades griegas del Asia Menor. Tucídides da los textos de los tres tratados (Thucydide, *ibid.*, tomo II, VII, págs. 220, 230 y 242-3), y ninguno de ellos salva a Esparta para la posteridad, pues en ellos los espartanos llegaron al punto de declarar que recibían dinero persa para combatir al lado del rey.

Si Alcibíades tuvo parte en esos acuerdos como general espartano, como debió suceder, resultó que se pasó con armas y bagajes a los persas, así

como antes, siendo general ateniense, se había pasado con armas y bagajes atenienses para combatir a Farnabazo, sátrapa de Darío II. Fue con el apoyo de los persas como Alcibíades comenzó a conspirar para establecer la oligarquía en Atenas. Tucídides informa que Alcibíades entabló negociaciones con los jefes militares de Samos, isla de la Liga Ateniense, “con los más influyentes de ellos; les pidió intervenir ante los hombres honestos y hacerles saber que él deseaba volver a Atenas, bajo el régimen oligárquico y no bajo el odioso gobierno que lo había perjudicado; y que él, en cambio, les aseguraba la amistad de Tisafernes. Esas proposiciones cayeron bien entre los trierarcas y las gentes más poderosas de Atenas, que se inclinaban a derrocar la democracia” (Thucydide, *ibid.*, tomo II, cap. VII, XLII, pág. 236). Todo eso, y mucho más que viene atrás, se lo calló Plutarco maliciosamente en su biografía de Alcibíades; que desde los tiempos más remotos, la oligarquía ha tenido una capacidad excepcional para darles brillo y prestigio a sus servidores y para ocultar sus pecados, así como para calumniar a los que luchan contra ella. (Tal vez convenga cerrar este párrafo explicando que los trierarcas eran los comandantes de los trirremes, los mejores barcos de guerras de Atenas, y que en buena lógica los demócratas atenienses no podían darles el mando de esas naves a los oligarcas, pero dada la relación que había entre los derechos ciudadanos y los bienes de las personas, tampoco podía ser comandante de un trirreme un pobrete; tenía que ser por lo menos un comerciante o un dueño de un taller artesanal importante; de manera que esos trierarcas y esas “gentes más importante de Atenas” entre quienes cayó bien la propuesta de Alcibíades, eran demócratas que se habían pasado al enemigo, con el cual formaron el frente oligárquico del año 412).

¿Qué les ofreció Alcibíades a los demócratas ricos de Atenas, que tan rápidamente les entusiasmó y los lanzó a aliarse con los oligarcas para conquistar el poder?

Les ofreció el respaldo y la ayuda económica y militar de Tisafernes, el sátrapa del Darío II. Esa fue una jugada maestra de Alcibíades, pues los oligarcas atenienses, que se desvivían por obtener el apoyo de los espartanos, se hallaron de buenas a primeras que tenían el de aquel que a su

vez apoyaba a Esparta, de manera que lo que ellos buscaban les llegaba multiplicado, y con ese respaldo multiplicado tuvieron algo concreto que ofrecerles a los ricos demócratas atenienses, que aceptaron ser sus aliados. La oferta de Alcibíades fue decisiva para coronar la conjura del frente oligárquico de Atenas, pues sin ayuda exterior los componentes de ese frente no se habrían decidido a actuar. Al final entraron en la conjura todos los que habían formado el frente oligárquico y algunos demócratas radicales que se les unieron en el último momento en lo que hoy se calificaría como oportunismo de derechas; que al fin y al cabo, si esa es una calificación marxista, el oportunismo de derechas; que al fin y al cabo, si esa es una calificación marxista, el oportunismo no fue una invención de los marxistas sino una manera de actuar muy propia de ser humano sin principios a lo largo de todas las edades. En la conjura entraron, pues, desde los jóvenes terroristas de familias oligárquicas que estaban organizados en las sociedades secretas llamadas heterías, hasta Terámenes, el representante de lo que Struve llama, razón, “la oligarquía moderada”, a quien Aristóteles consideraba, junto con Tucídides y Nicias, entre “los mejores hombres públicos de Atenas” (Constitution d’Athenes, pág. 31); a esos se sumaron los demócratas radicales encabezados por Pisandro, Caricles y Frínico.

La oligarquía ateniense tomó el poder al mediar el año 411; desconoció las instituciones democráticas, fijó en sólo cinco mil el número de ciudadanos con derechos políticos y estableció un Consejo de Cuatrocientos que tomó la representación de esos cinco mil. Muchos demócratas fueron muertos, otros enviados a prisión, otros al exilio. Pero los oligarcas extremistas, que desconfiaban de Alcibíades, no quisieron que éste llegara a Atenas, a lo cual se sumó la agresividad del rey Agis, que aspiraba a tomar la capital de Atenas con sus tropas espartanas. En principio, al frente oligárquico ateniense le faltaba su jefe natural, que era Alcibíades –pues el frente se había organizado precipitadamente alrededor de Alcibíades y de su vuelta a Atenas--, y sobre todo le faltaba el apoyo de Tisafernes, que sólo podía llegarle a través de Alcibíades, y la falta de esos dos elementos decisivos lo debilitó de tal manera que no pudo actuar con eficacia. Por otra parte, la realidad social no

le era propicia. El desarrollo de la sociedad ateniense estaba muy avanzado y las fuerzas oligárquicas, restos de una etapa superada, eran mucho más débiles que las democráticas, aunque éstas estuvieran desplazadas del poder político. Esto era así, sobre todo, si —como sucedía en ese momento— los círculos oligárquicos carecían de un respaldo exterior que pudiera compensar, y superar, el poder efectivo que tenían los demócratas en el seno de la sociedad ateniense, un poder que no estaba en el sentimiento ni en la fuerza de las gentes sino en el tipo de estructuras económicas sobre las cuales funcionaba la vida de Atenas. Esas estructuras descansaban en la producción para la exportación, y ese tipo de producción exigía a su vez un tipo de sociedad que pudiera servirlo adecuadamente, y ése era un estado de cosas que la oligarquía no podía cambiar, mucho menos de un día para otro. De paso debe tomarse nota de que un régimen que admitía la existencia de cinco mil miembros de la asamblea popular o ecclesia y un Consejo de Cuatrocientos no era precisamente “el gobierno de los pocos”, a menos que este “pocos” se entienda en relación con el número de ciudadanos y de componentes de los órganos de poder que participaban en el régimen democrático. Engels dice que “en tiempos del mayor florecimiento de Atenas, sus ciudadanos libres (comprendidos las mujeres y los niños) eran unos 90,000 individuos; los esclavos de ambos sexos sumaban 365,000 personas y los metecos (inmigrantes y libertos) ascendían a 45,000” (ibid., pág. 130).

Todo eso hacía unas 500.000 personas, alrededor de 50.000 hombres adultos. La proporción de representantes de esa cantidad de gente en un órgano de poder como el Consejo de los Cuatrocientos es mucho más alta que la de Estados Unidos en la actualidad; y en cuanto a la ecclesia oligárquica —asamblea popular—, los cinco mil que la formaban componían casi el 60 por ciento de la totalidad de los hombres adultos libres, y hay que entender que en Atenas las mujeres nunca tuvieron derechos políticos. Durante el siglo XIX y aun parte del XX, época de democracia en Europa y en los Estados Unidos, tampoco tuvieron derechos ciudadanos las mujeres de Inglaterra, Francia y Norteamérica; y en los dos primeros países los que

podían votar no llegaban ni con mucho al 60 por ciento de los hombres adultos. En realidad, la oligarquía ateniense controlaba el poder a través de un mecanismo clasista, no numérico. El Consejo de los Trescientos del año 508 y el de los Cuatrocientos del año 411 estaban formados exclusivamente por oligarcas, pues para ser elegidos en esos cargos había que reunir condiciones económicas y políticas que sólo tenían los oligarcas.

El frente oligárquico ateniense del año 411 entró en descomposición cuando Alcibíades se enfrentó al sector de la oligarquía extremista, que no quiso dejarlo entrar en Atenas. La marinería de Samos apoyó a Alcibíades en su lucha contra ese sector de la oligarquía, y ese sector tuvo que abandonar sus posiciones de poder. Así, Atenas quedó gobernada por la oligarquía moderada, cuyo jefe era Tera- menes. Colocado a la cabeza de las fuerzas navales atenienses, Alcibíades logró una serie de victorias que limpiaron los mares griegos de naves espartanas; de manera que al final el más grande aventurero de la historia antigua acabó poniéndose, sin que se lo hubiera propuesto, al frente de las fuerzas que combatían a la oligarquía encabezada por Esparta.

## **CONCLUSIONES ACERCA DE LAS OLIGARQUIAS GRIEGAS**

Esta no es una historia de Alcibíades ni de Atenas, y dado que la historia de Grecia gira en torno a la lucha de sus oligarquías y sus sectores democráticos, es innecesario hacer una historia completa de las oligarquías griegas para poder llegar a algunas conclusiones acerca de ellas. Esas conclusiones servirán para explicarnos por qué el término oligarquía pasó a ser usado en Iberoamérica desde principios del siglo XIX y también por qué hace falta definir con la mayor claridad su significado actual.

Esas conclusiones son las siguientes:

Primera, que la oligarquía nació en Grecia en el momento histórico en que comenzó a disolverse la propiedad comunal gentilicia; segunda, que la oligarquía ateniense se formó a base de la nobleza propietaria de tierras que esclavizó a una parte de los miembros de las tribus del Ática, esto es, a hombres y mujeres que procedían del mismo origen sanguíneo y cultural que los oligarcas; tercera, que la oligarquía fue una clase, y en ciertos momentos un conjunto de capas dominantes, que al quedar formada tomó el poder para establecer el régimen oligárquico; cuarta, que en una época posterior al desarrollo de la oligarquía, y debido a la evolución del régimen de la propiedad, a la aparición del comercio y de un artesanado avanzado, en Atenas se formaron grupos democráticos que entraron en lucha contra los sectores oligárquicos con el propósito de arrebatárles el poder. Las reformas de Solón, primero, y las de Clístenes después, son expresiones de esas luchas y del fortalecimiento creciente de los sectores democráticos del Ática;

quinta, que en todas las polis griegas coexistieron durante cientos de años grupos oligárquicos y grupos democráticos, que luchaban entre sí por el poder, y que sólo en Lacedemonia o Laconia el sector oligárquico tomó el poder desde el primer momento y organizó la sociedad de tal modo que a lo largo de su historia el Estado espartano sería un Estado totalitariamente oligárquico; sexta, que para recuperar el poder, la oligarquía ateniense, como las oligarquías de todas o casi todas las polis griegas, buscó siempre el apoyo de Esparta; a su vez, durante los años finales de la guerra del Peloponeso, Esparta buscó y obtuvo el apoyo de Persia para vencer a la democracia ateniense y a sus aliados, hecho con el cual traicionó a Grecia y a los propósitos que declaró al iniciar la guerra. En resumen, en la historia de las luchas de oligarquías y democracias griegas se advierte que las oligarquías procuraron a todo trance basar sus actividades en un apoyo externo;

séptima, que durante la guerra del Peloponeso, que fue una larga guerra llevada a cabo entre polis griegas gobernadas por oligarquías y polis griegas gobernadas por los sectores democráticos, hubo ocasiones, como sucedió en Corcira y en Atenas, en que los oligarcas tradicionales se sumaron grupos de gentes ricas, que por el hecho de no ser de origen aristocrático ni

en el siglo XVIII en Venezuela y Cuba, en lo que después serían los Estados Unidos de América, especialmente en la región del Sur, y en el Brasil.

La trata de negros fue un negocio de cierto nivel en la segunda mitad del siglo XVI, pero a partir del momento en que Inglaterra, Francia, Holanda y Dinamarca tuvieron territorios en América, sobre todo en el Caribe y en los actuales Estados Unidos, se convirtió en la actividad comercial más beneficiosa, y por tanto en la más importante del mundo occidental. Ese negocio fabuloso tuvo un impacto transformador doble; de concentración de la propiedad y de estratificación social en amos y esclavos en América, y de factor determinante en el desarrollo capitalista en Europa, hasta llevarla a la etapa de la revolución industrial. De este último aspecto tratará la parte III de esta Breve historia de la oligarquía. Por el momento vamos a ver el primero, y presentaremos como un ejemplo bien expresivo el caso de Barbados.

“En 1645, Barbados contaba 11.200 pequeños propietarios blancos y 5.680 esclavos negros; en 1667 había 745 propietarios de grandes plantaciones y 82.023 esclavos. Mientras que en 1645 la isla tenía 18.300 blancos listos a coger las armas, no había sino 8.300 en 1667” (Eric Williams, *Capitalisme et esclavage, Presence Africaine*, París, 1968, pág. 39). Seis años antes de que se tomaran los datos estadísticos de 1667, esto es, en 1661, Carlos II de Inglaterra concedió títulos de barones a trece esclavistas dueños de ingenios de azúcar de Barbados (*ibid.*, pág. 144); de manera que el rasgo de ennoblecimiento que les faltaba para pasar a ser, como lo habían sido sus antecesores de Atenas, terratenientes esclavistas aristócratas, lo adquirieron los oligarcas de Barbados en época temprana. Williams da en su libro nombres de varios esclavistas de las islas inglesas del Caribe que fueron ennoblecidos.

Ese rasgo —tan importante para los esclavistas— se extendió a territorios franceses y españoles tan pronto unos y otros pasaron a tener una economía basada en la esclavitud. En el índice de nombres de la obra de Moreau de Saint-Méry (*Description topographi-que, physique... de la partie française de l'Ysle Saint-Domingue*, Libraire Larose, Paris, 1858, tomo DI, pág.



1443 y siguientes) se encuentran tantos títulos de nobleza que sería una necesidad copiarlos todos en este trabajo. He aquí unos cuantos, sin pasar de la letra D: Conde de Aché, conde de Abhémar de Lautagnac, el caballero de Ailly, el conde de Albermale, el marqués de Antin, el conde Algout, el conde de Arquian, el marqués de Aussigné, el conde de Autichamps, el conde de Ayón, el barón de Barbazan, el conde de Boulainvilliers, el caballero de Borda, el conde de Beaumont, el barón de Bressner, el conde de Brossard de la Poupardière, el señor de Cahuzac, el marqués de Cardeux de la Caye, el barón de Castellane, el marqués de Choiseul Praslin, el marqués de Cocherel, el caballero de Courré-lojes, el conde de Cravier, el señor de Dumée. Varios de esos títulos eran de antigua raíz francesa, cuyos descendientes se habían establecido en Saint-Domingue y se habían dedicado a producir azúcar o cacao o algodón o índigo, así como muchos oligarcas de los territorios españoles eran descendientes de hidalgos castellanos, vascos o astures; tal es el caso, por ejemplo, de los Bolívar de Venezuela. Cuando los oligarcas de Caracas nombraron delegados a una junta que debía formarse, por cierto a invitación de ellos, para luchar por la restauración de Fernando VII en el trono de las Españas, de sus ocho delegados dos eran marqueses y cinco eran condes, todos criollos. En cuanto al caso de Cuba, he aquí algunos de los títulos comprados con el dinero que dejaba la esclavitud en la isla: conde de Jaruco, conde de Casa Montalvo, marqués de Casa Peñalver, Marqués de Villalta, marqués de San Felipe y Santiago, Marqués de Cárdenas de Monte Hermoso, Marqués de Arcos, conde de Macuriges, conde de Gibacoa, conde de Fernandina, conde de Casa Moré.

No sólo trataron de ennoblecerse los esclavistas de América, sino que una parte importante de la aristocracia europea participó en el negocio de la esclavitud, comenzando por las familias reales de Inglaterra. La reina Isabel, que había comentado las actividades esclavistas de John Hawkins fue a verla "y le mostró el balance de la operación. La reina no sólo le otorgó su perdón, sino que le compró acciones para su segundo viaje esclavista. Esto sucedía en 1564 y Hawkins disponía entonces de cuatro navíos". De este viaje "Hawkins regresó a Inglaterra convertido en un hombre relativamente rico" (Daniel P.

Mannix y M. Cowley, *Historia de la trata de negros*, Alianza Editorial, Madrid, 1968, págs. 33-4). Como es lógico, a la reina le tocó parte en los beneficios. Cuando recibió de ella un título de nobleza, Hawkins se mandó hacer un escudo de armas en que figuraba la cabeza de un negro. "En 1663, el duque de York, hermano de Carlos II, fundó una compañía con el objeto de proveer de tres mil esclavos anuales a las nuevas colonias (inglesas)... Llevaba el romántico título de Compañía de Reales Aventureros del Comercio Inglés con África, y, como homenaje al duque, sus esclavos eran marcados con las letras DY... Para hacer sentir su influencia en la compañía, en la que había invertido dinero, el rey Carlos emitió una nueva moneda, hecha con oro proveniente de África occidental, y que se llamó guinea". (Mannix & Cowley, *ibid*, pág. 39. Paréntesis míos, J. B.) En la lista de accionistas de esa compañía figuraban "la familia real, tres duques, ocho condes, siete lores, una condesa, veinticuatro caballeros" (Eric Williams, *ob. cit.*, pág. 69).

La oligarquía esclavista de las Américas, que había fracasado en sus inicios —cuando la falta de mercado convirtió en mal negocio la producción de azúcar en La Española—, comenzó a recuperarse, se fortaleció y se propagó por el Nuevo Mundo como fuego en pajonal. Su extensión y su fortalecimiento se miden por el número de esclavos llevados de África al Nuevo Mundo. En "los años 1575 a 1591, cincuenta y dos mil esclavos fueron enviados desde Angola hacia Brasil y las Indias españolas, con una media anual que, a finales de aquel período, alcanzaba la cifra de cinco mil esclavos. El aumento continuó, y, en 1617, veintiocho mil esclavos fueron embarcados en navíos ingleses únicamente. De 1680 a 1688, la Real Compañía Africana tenía doscientos cuarenta y nueve (buques) negreros en actividad, logrando embarcar sesenta mil setecientos ochenta y tres esclavos, de los que sólo cuarenta y seis mil noventa y seis sobrevivieron a la travesía. Frente a unos novecientos mil esclavos embarcados desde todas las regiones de Guinea al Nuevo Mundo en el siglo XVI, la cifra total para el siglo XVIII se calculó en dos millones setecientos cincuenta mil, con un promedio de veintisiete mil quinientos al año" (Mannix & Cowley, *ob. cit.*, págs. 42-3. Paréntesis míos, J. B.) Los mismos autores dicen que al quedar abolida la esclavitud, según

Antillas... En su propiedad de Withhire, Beckford se hizo construir la Mansión Fonthill, considerada por mucho tiempo como el sitio más asombroso del oeste de Inglaterra”.

A seguidas de esos párrafos Williams copia parte de una descripción de la Mansión Fonthill que se publicó en Londres en 1823, junto con datos biográficos de la familia Beckford. Héla aquí:

"Se trata de un bello edificio construido en un solo estilo, con una parte central compuesta de cuatro pisos y dos pisos, unidos por corredores, todo en una bella piedra. Un pórtico audaz, con una doble salida de escaleras, reposa sobre fundaciones rústicas; los apartamentos son numerosos y espléndidamente amoblados. En ellos desbordan el lujo y las riquezas del Este y en las ocasiones solemnes allí brillan mil luces. A la vez que los muros decorados con las más ricas obras de arte, las mesas y los cofres ofrecen una fastuosa mezcla de oro, de plata, de metales y piedras preciosas trabajadas por los artistas y los artesanos más hábiles de la época. Junto con esos esplendores, esos objetos deslumbrantes aumentados y multiplicados por largos espejos de alto precio, se encuentra una vasta biblioteca con obras escogidas y de gran valor. Las dimensiones del gran hall de la entrada, a ras de la calzada, 85 pies y 10 pulgadas de largo y 38 pies 6 pulgadas de ancho, pueden dar una idea del tamaño de esta residencia... Uno de los apartamentos está amoblado en estilo turco... mientras otros están decorados con chimeneas esculpidas suntuosamente”.

Williams agrega que "Beckford hijo... Dueño de una vasta fortuna, dotado de una viva imaginación, que según el historiador de la familia no podía satisfacerse con realidades cotidianas... buscaba la novedad, la grandeza, la complejidad, quería lo sublime. El resultado de esa búsqueda fue la Abadía de Fonthill, una construcción que dio trabajo a innumerables artesanos y obreros que construyeron una nueva aldea. En las tierras de la abadía se encontraban todas las especies de arbustos americanos que crecían en estado silvestre” (Eric Williams, ob. cit., págs. 116-9).

Esas manifestaciones de vanidad delirante, y el uso de dinero para comprar votos, y con ellos puestos en el Parlamento inglés, "en la edad clásica de la corrupción parlamentaria y de la venalidad electoral", según dice Williams, se producían también en el Sur de los Estados Unidos, en el Perú de los dueños de minas; en México y en Cuba. Acosta Saignes reproduce unos párrafos de un viajero, francés él, que anduvo por Venezuela a fines del siglo XVIII. Hablando de los esclavos domésticos, ese francés, Fernando de Pons, dijo que "se cree que la riqueza de una casa está en proporción al número de esclavos de ella. En cada casa debe haber cuatro veces más que los realmente necesarios. Lo contrario pasa por tacañería denunciadora de pobreza y ésta se ha de esconder cuanto se pueda. Cualquier blanca, aunque su fortuna no se lo permita, va a misa seguida de dos esclavas negras o mulatas. Las verdaderas ricas llevan cuatro o cinco esclavos, y si una persona de la misma casa va a otra iglesia, lleva consigo igual número de esclavos. En Caracas hay casas que tienen doce o quince esclavos, sin contar con los sirvientes de los hombres" (Acosta Saignes, ob. cit., pág. 181). En un párrafo titulado La esclavitud improductiva, Mellafe se refiere, hablando en términos generales de la América española, a una "cantidad muy grande de negros que fueron comprados con intención suntuaria, para servir simplemente de acompañantes, como porteros de casas particulares, etcétera" (Rolando Mellafe, ob. cit., pág. 78).

Si la deformación se hubiera producido sólo a través de una distorsión monstruosa de la vanidad quizá sus consecuencias habrían alcanzado exclusivamente a los oligarcas. Pero no fue así. Por ejemplo, la oligarquía de Venezuela tenía un odio irracional al pobre, aunque fuera blanco y español, y por ninguna razón admitía la idea, siquiera, de que las mujeres de sus familias pudieran casarse con un español pobre. En un memorial que enviaron al rey en el año de 1796, los oligarcas caraqueños protestaban con altanería de la conducta de los funcionarios del rey "por la abierta protección que escandalosamente prestan a los mulatos o pardos y toda la gente vil para menoscabar la estimación de las familias antiguas, distinguidas y honradas", y decían que esos funcionarios "pintan muy distinto de lo que es en realidad

el estado de la provincia, el modo de pensar de las familias distinguidas y limpias, su total separación en el trato y el comercio con los mulatos o pardos, olvidando la gravedad de la injuria que concibe una persona blanca en que sólo se diga que se roza con ellos o entren en sus casas, y la imposibilidad de que ese concepto se borre aunque se interponga la ley, el privilegio o la gracia”. La arrogancia de la oligarquía caraqueña llegó a tal punto que despreciaba al comerciante español porque ejercía un “oficio baxo e impropio de personas blancas”; en cuanto a los canarios, creían que pertenecían a una raza inferior. El padre del general Miranda fue designado por el rey para mandar un batallón de pardos, y la oligarquía le prohibió ejercer ese mando debido a que su doble condición de canario y de comerciante lo hacía indigno de tal honor.

En la oligarquía francesa de las islas del Caribe se reunían las extravagancias delirantes que se daban en la oligarquía inglesa de las Antillas y los odios raciales y sociales de los oligarcas de Caracas. Los llamados grandes blancos de Saint-Domingue vivían tan suntuosamente como los ricos plantadores de Jamaica o Barbados y como vivirían en el siglo XIX los algodoneros de Luisiana, además tenían vidas escandalosamente disipadas. En libros y artículos y cartas de viajeros de la época abundan las descripciones de las licencias a que se entregaban los grandes blancos de Saint-Domingue, del lujo con que vivían sus queridas mulatas, del esplendor de sus joyas y sus fiestas. En cuanto a su odio a los mulatos —muchos de los cuales eran tan ricos como el más rico de los oligarcas blancos, y tenían tantos esclavos como ellos, a tal punto que los mulatos eran dueños de la tercera parte de la riqueza de la colonia y de la cuarta parte de sus esclavos—, podemos medirlo por estos datos: en 1771 se había prohibido que los mulatos tuvieran categoría de ciudadanos del reino y se les prohibió llevar espadas; en 1778 se prohibió el matrimonio entre blancos y criollos que tuvieran ascendencia negra en cualquier grado; y esas medidas fueron solicitadas y estimuladas por los grandes blancos. Así como odiaban a los mulatos, fueran ricos o pobres, los grandes blancos odiaban también a los llamados petit-blancs, esto es, a los funcionarios franceses de baja categoría,

en revoluciones, o perder todos sus bienes, antes que ceder un milímetro ante la ola reformadora que comenzó a sacudir la vida colonial a raíz de la revolución francesa. La oligarquía esclavista duró en Brasil hasta 1888, cuando fue abolida la esclavitud; en Cuba, hasta 1886, cuando fue declarada finalmente eliminada en virtud del cumplimiento de la ley de 1880 que ordenaba su abolición; en Puerto Rico fue abolida en 1873; en Estados Unidos en 1865, puesto que el Acta de Emancipación de Lincoln no se cumplió en los estados del Sur sino después de terminar la guerra de Secesión; en Perú y Venezuela en 1854... Y sin embargo todavía duran los efectos de la deformación psicológica y mental de los oligarcas.

Esto puede apreciarse observando la situación de los estados norteamericanos del Sur. El 3 de marzo de 1970 una multitud blanca volcó varios autobuses que llevaban jóvenes negros hacia la Escuela Superior de la ciudad de Lamar, en Carolina del Sur. Los blancos atacaron los autobuses para impedir que esos negros pudieran llegar a la escuela. Hechos como éste, y otros muchos más graves, son frecuentes en el Sur de los Estados Unidos, donde las tendencias ultraderechistas de la población blanca son tan marcadas que entre los enterados de la política norteamericana se considera a los demócratas del Sur más derechistas que a los republicanos del Norte. Por ejemplo, Mississippi es un estado que puede compararse en casi todos los órdenes con el más retrasado, social y políticamente, de los países de la América Latina. La profundidad de las huellas dejadas en la manera de pensar y de actuar de la población sureña de Norteamérica se aprecia mejor si se toma en cuenta que desde los tiempos de Franklyn Delano Roosevelt se han estado aplicando en la región leyes y medidas y se han estado haciendo fuertes inversiones públicas y privadas, llamadas a transformar las estructuras económicas y culturales del Sur; además, se han aplicado leyes federales destinadas a garantizar el ejercicio de los derechos ciudadanos. Todas esas medidas parecen haber dado hasta ahora escasos resultados. El asesinato de Luther King, en marzo de 1968, y el fracaso de la integración escolar, indican que la sociedad de los estados del Sur necesita algo más que

unas cuantas leyes para librarse de todos los sedimentos que dejó en ella la mentalidad oligárquica, la manera de pensar y de sentir de los esclavistas.

La vanidad delirante de un Beckford, los odios racistas de los mantuanos de Caracas y de los grands-blancs de Saint-Domingue o el desprecio de un Lord Lavington hacia el negro hacen juego con las ideas imperiales que tenían los miembros del Círculo de Oro, por los cuales parece haber hablado Edward A. Pollard, un blanco esclavista de Virginia que escribió a mediados del siglo XIX un libro titulado *Diamantes negros*. Mannix & Cowley reproducen en su obra (pág. 258) algunos párrafos de esa joya. Helos aquí:

“Estudiando las posibilidades que nos ofrece el futuro, en relación con la magnífica naturaleza de la América Tropical, situada en el camino de nuestro destino en este continente, podemos completar un imperio más rico y poderoso que ninguno que haya sido descrito en los sueños de nuestra historia. ¿Qué imperio es éste? Un imperio fundado en ideas militares, que representan las nobles peculiaridades de la civilización del Sur; incluyendo dentro de sus límites los istmos de América y las Indias occidentales regeneradas; con el control de las dos principales materias primas del comercio mundial —el algodón y el azúcar—, dominando las grandes rutas del comercio mundial; superando a todos los imperios del siglo por la fortaleza de su posición geográfica...”

Al cabo de veinte y tantos siglos, la oligarquía esclavista norteamericana aspiraba a resucitar el ideal de los esclavistas de Esparta: "Un imperio fundado en ideas militares, que representan las noble peculiaridades de la civilización del Sur". Y no sólo pretendía hacerlo, sino que comenzó a hacerlo cuando William Walker, el filibustero sin entrañas, se adueño de uno de "los itsmos de América" y se convirtió en amo y señor de Nicaragua. El 22 de septiembre de 1854, el mismo año en que había sido abolida en Venezuela y Perú, el flamante "presidente" Walker decretaba que la esclavitud quedaba establecida en Nicaragua. La oligarquía esclavista de las

Américas no se resignaba a desaparecer, e igual que el monstruo en agonía mortal levantaba la garra y la lanzaba a la loca, ciega de furor.